**DESDE PROCONCIL**

Querido/a amigo/a:  
  
Si me decidí ayer a escribiros fué tras leer un articulo de un periodista y amigo que me parecía que no apreciaba algunos cambios profundos que se están dando en la Iglesia. Y sentí ese impulso a comunicar lo que yo, modestamente, percibía.  
  
Poco después de enviar mi mensaje, escuché la noticia de la puesta a disposición de sus cargos de todo el episcopado chileno, como un hito sin precedentes en la historia reciente de la Iglesia.  
  
Y me llegaron algunos mensajes que expresaban agradecimiento por que yo volviera a retomar en la medida de mis posibilidades este pequeño servicio. Todos los mensajes que recibí  fueron bellos y especiales, porque todos y todas pusistéis el corazón ahí.  
  
Pero de forma especial quiero compartir en la red, uno que me llegó desde Chile. hemos vuelto a ser lo que fuimos al principio: un punto de encuentro y mediación. Con la fragilidad que eso tiene, pero es lo que hoy podemos ser.   
  
Y también tengo que agradecer que me hayáis confirmado que mientras yo pueda, agradecéis un servicio de mi parte. Así que obedeceré. Esto ni más ni menos, es un ministerio en la Iglesia. Un servicio a la comunidad que responde a una demanda de la misma. Claro, en este caso, no ordenado. (Y es que, además, yo soy un poquillo desordenada, ja, ja)  
  
No tengo palabras para expresar lo que sentí cuando leí esta carta que ahora comparto. Porque es pura poesía que expresa el amor, el dolor y la esperanza de un pueblo en marcha. La sensación es como si de una tierra quemada por un incendio largo, del que apenas han quedado cenizas y regada por las lágrimas de dolor y de impotencia de muchos y muchas, empezaran a salir los primeros brotes verdes, de una iglesia que empieza a sentirse como tal, unida a Francisco, con el rostro vuelto hacia Jesús. Muchas gracias, Juan.   
  
LA CARTA DE JUAN, DESDE CHILE  
  
Querida amiga:  
  
Con profunda alegría recibo y leo tu mensaje, después de un tiempo al cabo del cual ya casi me había resignado a no contar con tus notas de aliento y reflexión que, al menos a mí, infundían esperanza y razón en un mundo que parece caminar a tientas.  
  
Gracias por dirigirte a quienes durante años te seguimos, y gracias por decirnos "aquí estoy", aunque lejos, mirándoles.  
  
Muchas y muchos necesitamos de un espacio como éste: de reflexión y crítica que, a la luz siempre bondadosa de la Buena Noticia, nos alumbre en momentos de poca claridad.   
  
Tus palabras llegan en momentos especiales para nuestra Iglesia (digo "nuestra" porque soy chileno), como muy bien señalas y apuntas. Aunque los acontecimientos en desarrollo marcarán un hito extremadamente relevante, demandarán también profundos cambios en nuestros procesos reflexivos, en nuestras miradas y en nuestras relaciones. Será quizá la hora de escuchar a los humildes y sencillos, en quienes predilectamente se da a conocer nuestro amoroso Padre (Mt 11.25-26). Quizá sea hora de que la Iglesia vuelva la mirada y atienda a quienes fueron las que estuvieron hasta el final (Mt 27.55, Mc 15.40, Lc 23.49, Jn 19.25), de lejos o de cerca poco importa, lo que importa es que estuvieron allí; las primeras en recibir la noticia de la resurrección  y en anunciarla (Mt 28.5-7,8; Mc 16.6-7, Lc 24.1-7, Jn 20.11-16).  
Pareciera que el aire aquí es distinto: Es como si transportara esperanza, olor a cambios profundos, aroma a desafíos otrora no imaginados.  
  
Hace tan poco nos sentimos ofendidos con las palabras del Papa (hacia el final de su gira por mi país), que tú ya comentaste. Entonces parecía imposible una escucha atenta a las víctimas, a los sin voz. Hoy se renueva la esperanza y la confianza en un Papa que es capaz de reconocer sus errores, pedir perdón y pasarse a la vereda de los sufrientes y heridos. ¡Todo se ha tornado tan distinto! Imagino, en estas circunstancias, a un Jesús exhuberante de alegría y gozo, porque el poder se ha bajado para ponerse al servicio de los que sufren y denunciar con fuerza a quienes han abusado de sus posiciones de poder y se han aprovechado, muchas veces, de la ignorancia y la ingenuidad, misma que se ha encargado de cultivar y alimentar, en lugar de hacer crecer a las personas en "conocimiento y sabiduría".  
  
Vivimos momentos de justicia tanto para las víctimas directas, como para sus familiares, amigos y cercanos, testigos mudos por mucho tiempo. Vivimos tiempos de justicia también para tantas madres que, de cerca o de lejos como aquellas del Gólgota, vieron y soportaron la hipócrita cercanía de quienes han creído que con sus actos acercaban al cielo a sus hijos.  
  
Los desafíos parecen gigantes, y esperamos que desde ya se empiecen a sentir. Vaticano II parece cobrar más fuerza y vida que nunca, y por estas latitudes la Teología de la Liberación tendrá que hacer lo suyo. La catequesis necesitará también una profunda revisión, misma en que las Comunidades de Base, en mi más modesta, sencilla y humilde opinión, tendrán muchísimo que decir.  
  
Creo que el tema merece un lugar especial en nuestras mesas. Creo que nuestro propio credo debe renovarse. Creo que el camino parece volverse poco a poco a Él, en un proceso triste y dolorosamente necesario.  
  
Gracias Emilia por tu generosidad, y desde el Cono Sur de esta América morena, desde la tierra de La Frontera, tierra con olor a injusticia y con sed de esperanza, recibe el más fraterno de los abrazos.  
  
Juan  
--------------------------------  
Espero que como me ha sucedido a mi, os pueda arder el corazón con esta misiva.   
  
Y, por favor, de vez en cuando, contad de vuestros trabajos, de vuestras esperanzas, dudas o alegrías, porque es así como vamos haciendo camino y sintiéndonos comunidad.  
  
Un enorme abrazo  
Emilia